Jesús Rubio Jiménez
Galdós y Clarín artífices de la
novela moderna en España
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, 2020. XCVI-2, 515-522

GALDÓS Y CLARÍN ARTÍFICES DE LA NOVELA MODERNA EN ESPAÑA[1]

El contenido de este libro, oportunamente reeditado al cumplirse el centenario de la muerte de Pérez Galdós, puede resumirse con la rotunda frase con la que Adolfo Sotelo comenzaba la «Introducción» de su primera edición en 1991: «La historia de la teoría y la crítica de la novela española del último cuarto del siglo XIX es la historia de la crítica de la novelística galdosiana por Clarín.» (35)

Nada más y nada menos. No hay exageración en tal afirmación aun teniendo en cuenta que hablamos del mayor novelista español de su tiempo –Galdós– y del más exigente crítico –Clarín– que siguió sus pasos críticamente casi desde la publicación de sus primeras novelas hasta su temprana muerte en 1901. Es decir, analizando la mayor parte de la trayectoria del novelista canario. Apenas quedan fuera sus escritos juveniles y sus primeros tanteos narrativos, ya que la primera crítica recogida corresponde a *Doña Perfecta* (*El Solfeo*, 3 de octubre de 1876) y la última al episodio nacional *Bodas Reales* (*Los Lunes de El Imparcial*, 3 de diciembre de

[1] Leopoldo Alas «Clarín», *Galdós, novelista*, Valencina de la Concepción (Sevilla), Renacimiento, col. Los Cuatro Vientos, nº 160, 2020, 576 pp. Edición e introducción de Adolfo Sotelo Vázquez.

1900). Galdós vivió dos décadas más, hasta su muerte a comienzos de 1920, y todavía publicó novelas de indudable interés, pero el grueso de su producción y en consecuencia el cumplimiento de su programa de regeneración literaria y social mediante la novela estaban ya plenamente desarrollados al cambiar de siglo.

Se tenía conciencia a comienzos del siglo XX del papel fundamental que Clarín tuvo con sus críticas en la valoración ajustada del alcance renovador de la narrativa galdosiana y el hecho fue que, cuando se comenzó a pensar en unas posibles *Obras completas* de Clarín, con acertado criterio se comenzó con un volumen donde recogieron 29 escritos sobre don Benito: *Galdós. Obras Completas I* (Madrid, Renacimiento, 1912). Con aquel proyecto que no pasó de ser una recopilación mostrenca de escritos de Clarín, aunque meritoria, conecta el trabajo de Adolfo Sotelo, que ha ampliado la recolección de artículos hasta totalizar 40 referencias, revisando todos los textos y precisando sus avatares editoriales. Precedidas, además, todas estas reseñas de su «estudio crítico biográfico» *Benito Pérez Galdós* (Madrid. Fé. 1889), para cuya elaboración tuvo que vencer las reticencias de don Benito a hablar sobre sí mismo. Le solicitó con insistencia datos de su biografía y el escritor canario se resistió cuanto pudo a dárselos, aunque al fin le envió algunos. Aquel folleto ya sintetizaba con agudeza el recorrido del novelista hasta ese momento recurriendo a una de las modalidades críticas de mayor auge entonces: la mezcla de la semblanza biográfica con las apreciaciones críticas sobre su literatura. La coyunda entre vida y obra considerada como un procedimiento apropiado y revelador para acceder al mundo de un artista. No logró sacar al novelista más que escasas revelaciones con algunas cartas, pero estaba familiarizado con las líneas maestras de su quehacer literario y su retrato resultó incitante y con el correr de los años muy usado por otros. Y en adelante se centró sobre todo en el análisis de sus obras y de explicar la complejidad técnica.

Lo que importa valorar más aquí son los dos ensayos del editor fundamentales para comprender el alcance del diálogo establecido entre el novelista y el crítico y las consecuencias que tuvo: la «Introducción» (35-106) con que los editó en 1991 y el «Prólogo» añadido a esta segunda edición «Galdós y Clarín: la novela, una nueva fuente de conocimiento» (7-34), que le permiten

ampliar ciertos aspectos y actualizar la bibliografía. No se trata por tanto de una mera reedición de aquel libro sino que el segundo ensayo aporta una perspectiva capital para la comprensión del alcance de la obra de Galdós, que Clarín vio con nitidez, pero que después con más frecuencia de la deseable se desdibuja y hasta se banaliza quedando velados aspectos medulares de su enorme proyecto novelesco: su análisis en profundidad de la sociedad española y su sintonía con los mejores novelistas europeos de su tiempo.

En la primera edición ya quedaba claro que una de las guías de Sotelo para leer a Galdós era el fundamental libro de Stephen Gilman, *Galdós y el arte de la novela europea* (Madrid, Taurus, 1985), que hoy parece haber pasado a segundo plano –no sería descabellada una nueva edición, que refrescara su visibilidad–, pero que marcó un verdadero hito en los estudios galdosianos. La comparación de Galdós con Balzac, Dickens, Flaubert y sobre todo con Zola ofrece unos resultados positivos contundentes, mayores cuanto más se entra en las distancias cortas como hace Sotelo transitando no solo por las novelas sino por los escritos con que sus autores las justificaron, amén de la crítica más certera que entonces y hoy los pondera y avala. Se trata de reconstruir horizontes de creación y lectura con rigor, situando con precisión su génesis, su alcance estético y su recepción, poniendo al alcance de los lectores actuales documentos que yacen olvidados en la prensa de la época.

Discusiones sobre asuntos como el paso del novelista canario por el naturalismo y el impacto que tuvo en su escritura, pongo por caso, quedan definitivamente zanjadas en esta revisión crítica y con los matices pertinentes evitando simplificaciones que suelen dar lugar a equívocos sobre lo que significó el naturalismo en España entonces donde fue un campo de batalla en el que se dirimió un combate entre anquilosadas maneras de entender la novela y los caminos que proponía la novela moderna y con una variedad de modelos novelescos en constante diversificación.

Galdós y Clarín mantuvieron durante aquellos años una amistad personal inquebrantable, presidida siempre por la admiración mutua. Basta para comprobarlo internarse en la correspondencia que cruzaron y que se ha podido rescatar. En sus cartas algunas ideas se repiten con machacona insistencia y aquí

viene al caso recordar una de ellas: su creencia en que España necesitaba una «nueva novela», acorde con las tendencias europeas más avanzadas y que fuera un instrumento útil para analizar los cambios que se iban produciendo en la sociedad española, denunciando de paso prejuicios que lastraban su modernización. Esta manera de entender la novela como un medio de educación social ayuda a entender muchos de sus planteamientos y que detrás de etiquetas como «novela de costumbres contemporáneas» latía siempre un propósito de análisis social y de cultivar la novela como el instrumento literario más adecuado para diseccionar artísticamente la compleja vida moderna cada vez más urbana.

La poética que sustentaba la concepción de la novela de Clarín y Pérez Galdós era distinta a la de otros novelistas españoles de su tiempo, incluidos algunos con quienes mantuvieron estrechas relaciones como Pereda o durante un tiempo Pardo Bazán. Amistad personal y discrepancia literaria no tenían porqué anularse. En otros casos, modelos novelescos y relaciones personales divergían directamente: Pedro Antonio de Alarcón se encastilló cada vez más en sus planteamientos castizos; Valera nunca simpatizó con las formas de la novela moderna; en otros, como Palacio Valdés, las técnicas realistas no iban acompañadas de ideas de fondo tan potentes como en Clarín y Galdós.

Son aspectos todos ellos de necesaria consideración para comprender el desarrollo de la nueva novela en aquellos años. Un movimiento nada uniforme y con particulares dinamismos que obligan a no nivelar a novelistas distintos, a no mezclar tiempos diferentes y en el estudio de cada novelista a diferenciar sus etapas o maneras cuanto sea posible. Quiero decir con esto, volviendo a Galdós, que sus novelas de los años ochenta no eran iguales a las de los años noventa. Tampoco los criterios con que las valoraba Clarín. Uno y otro iban aprestando su programa literario y poniendo al día sus ideas con nuevas lecturas, muy atentos siempre a lo que sucedía en Europa. O dicho de otro modo, las nuevas novelas y los artículos críticos que las juzgaban eran los frutos de una reflexión constante sobre su quehacer literario en ambos casos.

La ventaja de libros como este es que permiten tener delante la serie completa de los escenarios literarios que se sucedieron a lo largo del cuarto de siglo en que se constituyó la novela moderna

española con toda su ambición, enfrentada a múltiples reticencias e inercias sociales y situada en el horizonte europeo del que formaba parte. Este no es un aspecto secundario, insisto, porque justamente uno de los prejuicios con los que más tuvieron que luchar aquellos novelistas y críticos fue una supuesta diferencia de lo español respecto a lo europeo. Lastró este prejuicio la discusión sobre el realismo y el naturalismo encastillándose más de uno en la defensa de la existencia de un realismo y hasta un naturalismo en la novela española de la tradición áurea. Evocándolos se trataba de neutralizar el nuevo movimiento que surgía de una base filosófica radicalmente diferente. Positivismo frente a idealismo. Concreción frente a abstracciones. Análisis sociológico frente a máximas moralizantes. También en otros países europeos se estaban produciendo batallas similares y en particular hay que destacar aquí el caso de Francia, ya que era el gran referente cultural español entonces y en muchos casos la literatura en lengua francesa ejercía para España una mediación respecto a lo sucedido en otras lenguas y países. Se comprueba con nitidez analizando la discusión del naturalismo, la difusión de la novela rusa después y diferentes fórmulas novelísticas finiseculares. De aquí que sea tan oportuna la inserción en esta edición de un ponderado repaso acerca de lo que ocurría en la novela europea. Es un horizonte que no se debe perder nunca porque de otro modo se producen repliegues ideológicos entre críticos e historiadores que nos devuelven a casticismos que debieran evitarse, pero que rebrotan hasta hoy mismo por estrechez de miras y mal entendidos afectos patrios.

La permeabilidad literaria de Clarín y Galdós fue extraordinaria y gracias a ella construyeron sus dinámicos universos ficticios y críticos, aprovechando lo mejor de la tradición española, pero trabajando siempre con las puertas y las ventanas abiertas a lo que sucedía en otras latitudes. No era fácil remar contracorriente en un país reticente a lo nuevo como España. En *Mezclilla* escribía tajante Clarín acerca de cuál debía ser la actitud: «Venga el aire de todas partes; abramos las ventanas a los cuatro vientos del espíritu; no temamos que ellos puedan traernos la peste, porque la descomposición está en casa.»

Uno de los méritos mayores de los dos estudios de Sotelo es que presentan perfectamente hilados y hasta anudados escritos

críticos y novelas europeos con otros de Clarín y Galdós. El balanceo entre unos y otros muestra que eran cabos de la misma maroma, la de la gran novela realista moderna. Y apreciarlo y hacerlo visible con contundencia es la mejor manera de mostrar el alcance de sus tenaces proyectos y la utilidad que tuvieron en la modernización del país mediante la nueva novela, que vehiculó un análisis ajustado de la realidad social e introdujo otros valores de ética social.

Esta actitud fue válida no solo durante la discusión del naturalismo sino también durante los años noventa cuando soplaron otros aires idealistas, apresurándose algunos a proclamar la muerte del naturalismo y la vuelta al idealismo anterior. Pero esto era ya imposible gracias a la difusión del positivismo y las prácticas novelísticas que propició, huyendo de abstracciones y metiendo la pluma como si de un bisturí se tratara en los cánceres sociales, para sajarlos y para sanarlos. El naturalismo en los años noventa fue el antídoto contra los repliegues ideológicos que preferían mirar hacia otro lado en lugar de afrontar en la literatura el análisis de los problemas que mantenían a la sociedad española dentro de una fatal burbuja ahistórica.

Basten un par de ejemplos para mostrar lo sucedido. La lectura de novelas de Zola como *L´Assommoir* animó a Galdós a llevar a cabo su propio análisis de la vida madrileña en *La Desheredada* en 1881. Clarín se percató enseguida del paso que había dado en su acercamiento a los modelos naturalistas cuando la comentó en las páginas de *Los lunes de El Imparcial* los días 9 de mayo y 24 de octubre de 1881. La novela de Galdós era un verdadero manifiesto naturalista español y otro tanto cabe decir también desde el punto de vista crítico de los artículos de Clarín. Dejó claro que Galdós cerraba su *idealismo tendencioso* anterior, abría otra manera de novelar y juntos remachaban que no se podía ignorar por más tiempo la adecuación de los procedimientos naturalistas para dar cuenta de las costumbres contemporáneas.

Un segundo ejemplo. Reseñando en 1890 *Realidad* en *El Globo* y en *La España Moderna* Clarín comprendió el nuevo camino ensayado por Galdós para analizar los conflictos de los personajes, apurando las técnicas presentativas hasta llegar al diálogo y a los soliloquios como técnicas apropiadas para mostrar confrontadas y

relativizadas sus diferentes posiciones morales. *Realidad* es una novela de perplejidades morales y dramas de conciencia, que da cuenta a la vez de un estado social y del de unas conciencias. Galdós mediante la novela y Clarín como crítico avisado descubrían así juntos la necesidad de ampliar la visión crítica de la realidad exterior añadiendo la exploración del mundo interior de los personajes, pero sin los burladeros idealistas anteriores.

Descubierto el camino de la novela dialogada Galdós continuaría explorándolo y explotándolo en novelas como *La loca de la casa* o *El abuelo*, cada vez más cómodo en territorios fronterizos entre géneros siempre y cuando ayudaran a sus propósitos de escribir fabulaciones novelescas útiles. Son apenas unos ejemplos entre muchos posibles de cómo el novelista no escribía por capricho o al azar sino buscando caminos adecuados para hacer efectivo su programa de regeneración social mediante la novela. Y lo hacía siendo jaleados sus logros por su mejor crítico y otras veces censurado cuando encontraba inadecuado o con deficiencias el procedimiento elegido. Es decir, en diálogo permanente crítica y creación novelesca, que hacen válida la afirmación de Sotelo citada al comienzo de que construyeron juntos la mejor tradición de la novela española de aquellos años.

Hasta la siempre controvertida clasificación de las novelas galdosianas y con qué criterios debe hacerse sale beneficiada en este estudio. Quedan señalados los hitos con claridad y también las razones de su relevancia. Clarín dejó despejado el camino en este aspecto con sus observaciones. Vale por ello la pena desandar el camino de la crítica galdosiana para volver a recorrerlo acompañados por la certera guía que son las críticas de Clarín, mucho más densas y ajustadas de lo que una lectura apresurada concluiría. Al contrario, requieren un análisis moroso como el que en este libro se propone y arropadas de la información pertinente.

Poco más que decir sobre esta oportuna nueva edición de *Galdós, novelista*, de Clarín, haciéndola coincidir con la accidentada conmemoración del centenario de la muerte del novelista donde no han faltado opiniones cruzadas sobre la importancia y alcance de sus novelas en algunos casos poco fundadas. La lectura de estos escritos aquilata mucho mejor su alcance. El libro entero es una invitación a penetrar en la obra del insigne escritor canario por la puerta más

ancha y mejor ventilada que dio acceso a su incomparable recinto novelesco en su tiempo: la que abrió Clarín. Lo restituye a su horizonte creativo con finura y precisión exquisitas, facilitando su comprensión y razonando porqué Galdós es considerado con toda justicia el mayor novelista español moderno.

Jesús RUBIO JIMÉNEZ
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA